

NARRACIONES CORTAS

El consuelo



Alfredo Sanjuán Ferrer

Enfermero
Premio ex-aequo.
Narraciones Breves
Modalidad B

El carmín reanima sus labios, los ahueca como si se adelantasen a recibir el beso: los ojos apretados y la boca entreabierta, igual que la primera vez. Después, durante días, llevó el hormigueo en la garganta; una desazón que le crecía por las noches y se le volvía insolente al recordarla. En adelante la saliva siempre le supo a ella y no volvió a cruzar el rincón de la plaza en donde se besaron sin percibir su perfume a ciruelas.

Los amigos se agolpan tras la puerta. Se escuchan sus murmullos. El aroma que se filtra los delata. Traen flores. No saben dónde dejar los ramos. Quieren entrar, pero el respeto a su adusto dolor los acobarda. A él se le enturbian los ojos. Los oye discutir porque desean verla. Durante ratos callan, esperan una invitación para poder pasar. Después, el rumor se remueve, se ensancha y disminuye. Atado a la verja de la calle ladra el perro, una voz lo reprende y el animal se calla masticando un gemido.

El maquillaje le tiñe las mejillas del arrebato aquel que acompañó a su primer "te quiero". La pilló por sorpresa y se quedó lo mismo que una paloma sorprendida, con un frunce medroso en el semblante parecido al que ahora lo entristece. Luego reaccionó y, con el rostro en llamas, le exigió que le dijese cómo. Él le confesó que con locura y ella quiso saber por cuánto tiempo. Le aseguró: «Te querré siempre» y, entonces, comenzaron a florecer los besos.

Lleva la gargantilla que, en el viaje de novios, le compró. Ninguno de los dos había visto el mar. En cuanto escucharon el ruido de las olas se encaminaron a su encuentro. La expresión más feliz le iluminaba el rostro. Se descalzó y corrió por la arena. Brincaba detrás de las gaviotas y pretendía seguir las en el vuelo. Llegó a la orilla y dejó que la espuma le salpicara los tobillos. Miraba sin pestañear el horizonte. Él la abrazó picado por los celos. Se aferró a su cintura y, sin soltarla, se chapuzaron en el agua. Ebría de sal le susurró al oído: «Quiero que me envuelvas como el mar, que te zarbujes en mí como en las olas». La apretó hasta impregnar sus carnes con las palpitaciones de sus sueños e hicieron el amor entre las algas. En adelante solía repetirle: «Inúndame como si fueras él y, yo, la arena de la playa».

Entre los senos luce la perla deformada. En la fábrica de Menacor, ella les dijo que compraría el collar si la perla del centro se la dejaban hacer a su marido. A él le temblaban las manos y le salió deforme. «Es como una lágrima a punto de desprenderse de los ojos», exclamó y pidió que la colocasen en el medio.

Al contraluz, sus pechos retozones provocan, también hoy, la seriedad del aire. «Desde que el hombre existe, -aseguraba ella- las células más sensibles del cuerpo están aquí; siglo tras siglo, milenio tras milenio, ensayaron texturas y se inventaron el resor te feliz de los pezones por deleitar tus manos». Ni de día ni de noche descansaban, continuamente protestando por la disciplina del vestido. Si apoyabas las sienes entre ellos, oías con toda precisión extenderse y crecer el universo.

Los últimos en arremedar cuchichean con los que estaban antes. Intentan espiar por las rendijas, se callan y aprietan los oídos a la hoja de la puerta. No osan perturbar el aire rancio

de capilla que ha adquirido la estancia. Se les escucha respirar detrás de la madera. Al retirarse arastran los pies y los suspiros como una quejumbrosa letanía, como el fragor en el que se ahogan las mareas. Más allá de la cornisa y la persiana también empuja el sol por asomarse.

En ella, ese vestido azul siempre le pareció sonoro. Se le ajustaba al talle y la hacía ingrávida y frágil como ahora. Él se refrenaba, al oír la en el baile, por evitar que se quebrase. Ella, conmovida, le rogaba: «Apriétame hasta que se te desmugan las muñecas, quiero sentir el ritmo de tu pulso fluir por mi cintura». Y él, que agonizaba con las ganas de desmenuzarse entre sus dedos, de bebérsela a sorbos, se tornaba desmañado y torpe como un niño.

Con qué obstinado empeño las cremalleras y las presillas se atascaban cada vez que pretendía quitarle ese vestido. Mientras chapoteaba en sus caderas, ciego por la desazón y por la urgencia, ella se arrebataba y encendía con la inutilidad de sus tirones. Le comentaba, luego: «Cuando llegas a mí, tras superar los impedimentos de la ropa, traes los nervios más templados y, como construido por cuerdas de guitarra, de cualquier roce sobre mi piel desnuda haces música». A él le embriagaban sus armónicos acordes como una enajenante melodía.

Alguien musita al otro lado: «Quiere estar solo con ella». Sigue un eco de aprobación y, de nuevo, como las marejadas, se repliegan y alejan. Persiste, oscuro y frío, el rumor de los litorales por la noche. La invisible humedad de un mar de fondo. Las cuatro paredes de la

como las umbrías orientadas al norte y, en invierno, tibias como los nidos en abril», le confesaba, y ella le rodeaba las caderas con las piernas, lo atraía hasta empapararlo de su aliento y murmuraba: «Mientras yo viva reposarás en ellos».

No puede estar a gusto, nunca toleró la asfixia de las medias. La fría resignación con que las sufre rebosa su congoja. «Si ella no se las quita, lo haré yo». Mira a todos los lados antes de decidirse. Ya de pie, repara en el untoso silencio de su vientre. Se acerca. Intenta respirar y, por más que se esfuerza, se le resiste el aire. Oye el repique lejano de campanas golpear los cristales como furiva lluvia. Apoya la mano en el regazo y busca entre los pliegues su calor. La mano se le congela, y llora.

Recuerda el día en que le dijo: «Vas a ser padre». Se emborrachó de dicha. Estaba tan aturrido como ahora. Salíó a la calle a paritir al universo su contento y desperató el pasmo de los astros. Noche tras noche, en el silencio de esta misma alcoba, imaginaban las peripecias del futuro. Después de apasionados regateos, eligieron el nombre que lo distinguiría de los otros, que lo marcaría para siempre como suyo. Hasta discutieron por el color del tinte que tendría la hondura de sus ojos: «Los tendrá como el mar -decía ella-. Navegaremos en ellos como dos barcos». Él descansaba la cabeza en la horcajadura de sus muslos, al acecho del germinar del hijo. Ella lo mecía y le cantaba como si tuviese entre los brazos al pequeño. «Será tan guapo y fuerte como tú». «¿Y si es niña?» «Será más hermosa que tú», se entusiasmaba, refulgente y feliz como una estrella.

El cosmos infinito daba vueltas sobre el gozo canela de su vientre. Los días florecían en él cuando las noches en él se deshojaban. Cogidos de la mano, sin otra referencia que el aliento del otro, se abandonaban al esbozo de la muerte que es el sueño. Ella vaticinaba: «En el empuje vital de sus pasiones salvaremos las nuestras».

No entendió. Lo oyó y no entendió. Cuando el médico, sin mirarle a la cara, le explicó: «Ha sido una eclampsia fulminante», no entendió. En aquella habitación tampoco

había aire y los sonidos eran tramos de luto puestos a secar en el cerebro. La luz se hizo dura lo mismo que el cristal y, las palabras, lágrimas.

Las sombras se remueven en el cuarto, tienen uñas y trepan las paredes. Gimen aguijoneadas por el toque tedioso que de nuevo esparcen las campanas. Esta vez, han empujado con decisión la puerta. Huele a cera, a expectación y miedo. La calma se deshace y corre a amontonarse en los rincones. Un hisbiseo de serpiente llega desde el zaguán, sucio del polvo y de las inquietudes de la calle.

Las manos que se posan en sus hombros no conocen la muelle laxitud de la fatiga. Son duras, pesan, se clavan como dientes. La voz que lo envuelve es tajante, no presenta ni mellas ni fisuras. En una voz endurecida en la intransigencia de los dogmas. «El Señor te la dio, el Señor te la quitó. ¡Consuélate con ello!» La voz lo cubre, lo acusa, lo sordece.

Él no está sordo. Las palabras le hieren. La sangre se le encrespa en las muñecas y le cierra los puños. El otro insiste: «Dios lo ha querido. Su voluntad es santa». Él se revuelve. Tiene los ojos empenachados de coraje. El cura le repite: «El Señor te la quitó por que te quiere». El se le aferra a la sotana, lo sacude y le grita: «Dígale a ese fantasmón que en vez de atormentarnos se atreva a dar la cara».

